

LIBERTAD MORAL E INTELIGENCIA CREADORA¹

Teresa Bejarano. Universidad de Sevilla

Resumen: La libertad moral no deriva de la inteligencia creativa, pero ambas capacidades tendrían un prerrequisito común, que, aunque remoto, es ya exclusivamente humano, a saber, la habilidad para imitar pautas complejas nuevas. En estas imitaciones, y por primera vez en la evolución, ya no es la meta la que conforma y preactiva la pauta, sino que el control ha pasado a estar en el modelo al principio, y en el sujeto mismo después. Sugerimos cómo desde tal remoto prerrequisito pudieron derivarse la libertad moral, por un lado, y la creatividad, por otro.

Abstract: Moral freedom does not derive from creative intelligence, but both capacities have a same prerequisite, that, although remote, is exclusively human. It is the ability to imitate new patterns. In these imitations (and it is the first time in the evolution) it is not the goal that shapes and preactivates the pattern. The shaping is controlled in the beginning by the model, but finally by the subject himself. Some suggestions are proposed about the possible derivative roads from such remote prerequisite towards the moral freedom and towards the creativity.

Estoy en plena sintonía con el intento de Marina de que el estudio de las cuestiones nucleares de la Antropología, y de la Filosofía en general —inteligencia exclusivamente humana, libertad moral— pueda beneficiarse de los avances de la Psicología. Y me alegro —más aún, siento un sincero agradecimiento hacia su libro— cuando veo que su atrayente prosa ha logrado interesar en ese planteamiento a muchos lectores. Ahora bien, la tesis general de su libro, no la comparto.

Según Marina, la elección de los fines, y por tanto la ética, sería una tarea de la inteligencia creadora. Ante eso, uno se pregunta cómo ha de ser la inteligencia para que los fines que “invente” sean éticos. ¿Ha de ser más creativa que aquellas inteligencias que proponen para sí mismas fines opuestos a la ética? Ese escape, en el caso de que no quede desmentido por hechos contrarios, proporcionaría una visión elitista que para mí es inad-

¹ Crítica de MARINA, *Teoría de la inteligencia creadora*, Barcelona, Anagrama, 1993, y de la idea, hoy tan difundida, de que él es portavoz.

misible de la capacidad moral. Pero seguramente a lo que apunta Marina es a que una vida ética sería forjada por las inteligencias creadoras que posean algo como una sabiduría y talante adecuados para ello. Eso es mucho más convincente, pero deshace su tesis. En efecto, ahí ya no es la creatividad inteligente el factor cuyas variaciones van con las de la calidad ética. Para mí, la libertad moral, lejos de depender de la inteligencia creativa, es más básica y más universal (o sea, con menos gradaciones individuales) que ésta, y, en vez de autofundamentarse, se apoyaría en una verdad muy simple y muy fácil de captar. Pero el valioso libro de Marina merece que para responderle no nos limitemos a meramente declarar lo anterior. Y aquí intentaré una discusión que atienda justo a los argumentos o recursos que él moviliza a favor de su postura. A todo lo largo de *Teoría de la inteligencia creadora*, invoca un rótulo común —“autodeterminación”— para libertad creadora y libertad moral. Nosotros vamos a intentar mostrar que no hay ninguna identidad que merezca tal término común. Pero con eso, se nos dirá, ¿no estamos acaso renunciando a uno de los rasgos que más convencen de la propuesta de Marina, a saber, la vinculación entre las dos grandes capacidades exclusivamente humanas, y, por tanto, renunciando también a la verosimilitud evolutiva y a la economía teórica que esa vinculación conlleva? No, no hay nada de esa renuncia, pues lo que voy a sugerir será precisamente que inteligencia creativa y libertad moral derivan ambas de una capacidad más básica, aunque ya exclusivamente humana. Por último, propondremos que ni la inteligencia ni la libertad pueden describirse del modo que en algunas páginas del libro se intenta, a saber, como mero resultado de aplicar “inhibición más elección” a procesos del nivel evolutivo anterior. Pero baste ya de adelantos introductorios.

El hecho de que el libro escoja a la percepción («La mirada inteligente», cap. II) como primer campo en que explorar la inteligencia exclusivamente humana puede sugerir a los lectores cierta esperanza de que ahí se estudiarán los cimientos, el embrión, de tal exclusividad². Pero al leer el

² Tal esperanza se intensifica ante párrafos como el siguiente: (p. 288): «La capacidad de autodeterminación *fundada* (subrayado de Marina, no mío) la posibilidad de inventar signos (...) La autodeterminación es una propiedad subjetiva, cuyo poder ha aumentado gracias a la colaboración social. Verosímilmente, comenzó siendo una mínima capacidad de autodeterminación, suficiente para hacer posible la creación y transmisión de cultura, lo que a su vez amplió su poder». Como se ve, hay ahí una decisión lúcida y valiente de no escamotear el asunto del origen fundante. Precisamente eso, el que la atención vigotskiana a lo cultural no debe olvidar la filogénesis, es el mensaje común a varias obras recientes (Donald,

capítulo no encontramos nada de eso. Se nos insiste en que la percepción elabora y da significado al estímulo, pero eso sucede también en la percepción animal. Los párrafos sobre el escape del campo perceptivo, o sobre cómo el dibujante escoge la línea más apropiada para transmitir su percepción del objeto, están enfocando procesos más allá de la percepción. ¿Y el requisito de que la percepción responda a una búsqueda, a un proyecto? Eso es muy interesante, pero nosotros tenemos que añadir que, a la hora de delimitar la percepción exclusivamente humana, eso sólo servirá si nos aseguramos de que se trata de una búsqueda y un proyecto exclusivamente humano (¿Acaso el objetivo de encontrar alguna oquedad apta para madriguera, p.e., no guía la percepción animal?). Pero entonces el capítulo no cumple las esperanzas que pudo suscitar en los lectores de ánimo optimista y ambicioso. La percepción exclusivamente humana sólo lo sería de rebote, a resultas de su dependencia de un proyecto de tal condición.

¿Qué decidimos en esto nosotros? ¿Estaban mal orientadas, y eran demasiado ambiciosas aquellas esperanzas de encontrar en la percepción el *germen originario de la exclusividad humana*? Yo creo que eran, por el contrario, acertadas, y que, dejando atrás el frustrante capítulo de Marina, podemos hacerlas realidad. El primer despegue de lo exclusivamente humano consistiría en que por primera vez en la evolución, el sujeto puede aprender, percibiéndolas en otro e imitándolas latentemente, pautas motoras que para él sean nuevas (en sentido fuerte, no sólo en cuanto que sea nuevo el contexto de su aplicación). Eso tiene consecuencias que son muy conocidas: así, es la causa —no el efecto, sino la causa, como dijo Piaget— de la evocación o imagen mental, y también, como es obvio, lleva al aprendizaje de las pautas articulatorio-fonéticas. Pero, al hilo del propósito de Marina de caracterizar la inteligencia humana, voy a proponer que ese tipo de aprendizaje podría tener otra consecuencia aún más crucial. En efecto, si admitimos que en la conducta animal orientada hacia una meta, ningún paso se da si no es recibiendo la preactivación desde la meta —desde la meta hacia atrás, siguiendo la rutina más adecuada al caso—, entonces nos resultará que una percepción de pautas motoras nuevas mediante la cual el sujeto llegue a adquirir el plan motor de tales pautas, es una novedad muy especial y revolucionaria. Ahí, en efecto, *por primera vez en la evolución, un plan motor no es conformado ni preactivado desde la meta. El sujeto ha dejado el por qué de su plan motor en manos de su mode-*

lo, y se ha puesto así bajo la determinación y el control ajeno; pero al hacerlo así, se ha liberado de la determinación antigua, ha ido más allá de la conducta animal o conducta conformada desde la meta. Y una vez que este aprendizaje, es decir, esta tan especial configuración de plan motor, ha tenido lugar en la percepción, la ejecución posterior de tal plan queda ya bajo el control autodeterminante del sujeto mismo. Ésta sería la clase de autodeterminación que está en la base —en una base remota pero ya exclusivamente humana— de la inteligencia. Hay que preguntarse, y lo haremos, cómo es ese estar en la base, pero antes subrayemos que tal autodeterminación no equivale en absoluto a la elección de los fines.

¿Qué hay sobre eso de la elección de los fines? En el primer capítulo —«Presentación de la inteligencia»— ya se nos presenta tajantemente como la idea directriz de Marina, la que le permite aunar inteligencia y ética: «Es peligroso definir la inteligencia como potencia de computación. El peligro procede de excluir de la inteligencia la elección de las metas (...) El hombre ha inventado la música de cámara, pero también la cámara de gas. De ahí que la ética sea el salvavidas al que ha de aferrarse la inteligencia, tras haber naufragado en las posibilidades que ella misma creó». El propósito de fondo que lo anima no puede ser mejor, claro está, pero precisamente por eso no debe estar servido por unos medios tan poco fiables como esa mezcla confusa de todo lo que Marina llama autodeterminación. La inteligencia creativa humana, y la peculiar autodeterminación de sus planes, pueden ponerse al servicio de cualquier clase de fines, pero todos ellos le serían dados. Unas veces le serán dados por los apetitos, ya innatos, ya socialmente mediados como el prestigio, el dinero, o el mero placer del triunfo en una tarea dependiente (incluso si diseñada por el propio sujeto) de la tradición cultural; otras veces, en cambio, los fines le serían dados por los intereses y necesidades del prójimo. Pero el papel de la inteligencia creativa, ésta es mi opinión, se reduciría en todos los casos a buscar obedientemente el medio de alcanzarlos. Entonces, ¿qué entiendo por libertad moral?, se me preguntará. Respondo que una capacidad diferente a esa autodeterminación, pero no tan lejana que no puedan las dos cualidades exclusivamente humanas derivar de un mismo avance evolutivo.

La libertad moral estribaría en que el sujeto humano es capaz de captar una mente ajena, de simultanear, pues, dentro de su propia interioridad el pensamiento propio y el pensamiento ajeno. Esa atención a otros pensamientos puede activarse al principio por mero deseo de escapar al aburrimiento, y en ello no habría aún libertad moral. Pero bastará que el sostenimiento de esa atención le lleve a uno a considerar unos intereses que

perjudiquen a los propios de uno, bastará eso, repito, para convertir el anterior entretenimiento en una opción moral: ¿Sigo atendiendo a esa verdad que yo soy capaz de descubrir y de darme como estímulo causal? ¿O, por el contrario, aprovechando que ese estímulo, junto con su capacidad de hacerme responder, depende todo él de mi actividad, lo hago desaparecer? *El mantener en contra de mis intereses esa atención con la que reconstruyo dentro de mí la mente ajena, o, por el contrario, el suspenderla de modo que el otro se me haga presente sólo en su exterioridad*

de objeto, obstáculo, o presa: Esa sería la única decisión de la libertad moral. Es la verdad del otro, esa verdad que el sujeto mediante su capacidad imitativa se da a sí mismo, lo que hace libre al sujeto. Pero esa verdad es captada en los niveles más bajos de la inteligencia exclusivamente humana, sin intervención alguna de la creatividad.

La libertad moral sería, pues, muy diferente de la inteligencia. Pero una y otra arrancarían de una misma conquista evolutiva, a saber, la capacidad de imitar una secuencia motora desconocida que se vea en otro. La imitación latente simultánea al modelo, posibilitaría la imitación posterior, y, con ésta, la evocación de lo exteroceptivo ligado a la escena modelo, y todo ello ya suscitado y controlado por el propio sujeto. Y esto sería el requisito previo pero decisivo, a partir del cual surge la creatividad (en seguida cumpliré mi pasada promesa de atender a cómo ello sucede). Pero también de esa capacidad imitativa exclusivamente humana se deriva la libertad moral. *Desde la imitación de la secuencia motora ajena (es decir, desde lo que hemos propuesto como el despegue de la exclusividad humana), puede, en efecto, pasar pronto el sujeto a una imitación más profunda, a una imitación de la interioridad ajena.* De hecho (sin plantearnos ahora si pudieran haberse dado otras posibilidades teóricas), será suficiente que el sujeto capte (al oír, p.ej., que llaman a alguien que él sabe que está ausente) un pensamiento que, al ser contradictorio con el que sobre el mismo referente él tiene, no pueda ya él considerarlo como propio suyo. Con eso, repito, es suficiente para llegar adonde queríamos, es decir, para que el sujeto tenga que concebir una mente —pensamientos, necesidades y temores incluidos— ajena, y no sólo imaginarse a sí mismo en otra situación (cosa esta que es lo que hace ante las obras de ficción, y también en ese estado, la ensoñación, tan bien atendido por Marina en p. 170).

Una vez que hemos rechazado la propuesta de Marina de que la libertad moral se basaría en la inteligencia creadora, y hemos preferido colocar la raíz de la libertad en lo que, según adelanté, sería un requisito de la inteligencia creativa —un requisito remoto, aunque ya exclusivamente

humano—, volvamos al punto de que el sujeto se autosuscita un paso procedimental. Como se ve, con nuestro criterio de la imitación de secuencias motoras nuevas hemos encontrado un camino medio desde el cual reformular el capítulo V, el dedicado al “movimiento inteligente”. En mi opinión, en efecto, el autor ahí oscila entre exigir demasiado poco y exigir demasiado. Cuando atiende a que «en los movimientos intencionados, la orden de marcha pone en ejecución un proyecto» (pp. 82-85), nos está dando, en vez de, como él pretende, una definición del “movimiento inteligente humano”, una que serviría perfectamente a aquellos mecanismos de conducta orientada hacia meta que presentan los animales superiores. Pero, en cambio, cuando exige que el sujeto postule una irrealidad, aspire a algo más allá —*citius, altius, fortius*— de cuanto ya existe (p. 87), estaría exigiendo demasiado. Nuestro criterio, en cambio, ofrece algo inaccesible a los animales, pero universal y primario para todo ser humano. No necesitamos acudir al ejemplo (p. 84-85) de los cantantes de ópera, sino que nos basta el aprendizaje de una sola sarta articulatorio-fonética, con independencia incluso de su significado, para detectar un movimiento inteligente. Los movimientos aprendidos de los niños carecen de la agilidad y la perfección de los de bailarines y atletas, pero no por ello dejan de ser pautas motoras liberadas de la conformación por la meta.

El capítulo VI —La actividad atenta— me parece espléndido. Incluso el estudio etimológico y lingüístico, hábito al que Marina sigue fiel, y que normalmente (juna sola lengua entre tantas que estructurarán de diferentes modos!) me parece una digresión irrelevante, resulta aquí de interés: «La atención se “da, presta, concede, aplica”, o bien es “atraída, llamada, cautivada”.» (p. 99). Después vienen los párrafos que en una prosa envidiable comparan la atención animal y la humana, y que yo usaría íntegros para describir el resultado de lo que antes propuse sería el germen de la exclusividad humana, es decir, el resultado de la capacidad de imitar latentemente pautas motoras nuevas. «La inteligencia descompone la armonía preestablecida entre ser-consciente y ser-interesante. El hombre puede unirse conscientemente a cualquier objeto. (...) Podrá fijarse en lo que quiera, porque será capaz de atender sin ganas.» (p. 103).

Después, añade: «El núcleo del aprendizaje consiste en obrar como si fueran interesantes cosas que no se lo parecen» (p. 106). Eso también es verdad, pero no al comienzo, diría yo. El niño, lo que aprende, lo encuentra al principio inserto en aquello que por tendencia innata es para él el espectáculo más fascinante, a saber, la actividad de los seres humanos que lo rodean (Esa tendencia, que es el correlato necesario de la capacidad

humana de imitar pautas nuevas, es, diría yo, algo que va más allá de lo que Marina describió en su capítulo sobre el lenguaje como «la creencia innata del bebé que lleva a éste a admitir sin reticencias que lo que su madre dice tiene un significado, aunque él todavía no lo entienda»). Y por esa fascinación originaria, el niño que «no comprende la pasión del profesor por los quebrados y por los decimales» (p. 105), no sólo tiene que aprender a desengancharse del estímulo «que es interesante por naturaleza, como el pájaro que, al revolotear delante del niño, parece robarle la atención», sino también, añadido yo, a dejar para después ese placer exclusivamente humano que supone escuchar o inventar narraciones.

La segunda parte del capítulo sobre la atención es también muy buena, pero entre las dos partes debería haberse insertado la advertencia de que se está pasando allí de un nivel a otro. En efecto, con la «aparición del atender libre, de ese mínimo acto de independencia gracias al cual los estímulos pierden su antigua omnipotente capacidad de control» podríamos estar apuntando al germen originario de la exclusividad humana, y, en cambio, de lo que trata la segunda parte es de la atención derivada de la creatividad (Se comprende bien por qué Marina ha englobado indiscriminadamente los dos niveles: justo porque él no ha propuesto ninguna explicación sobre el surgimiento del “mínimo acto de independencia”, tiene al final que hacerlo depender de la atención de alto nivel). En la segunda parte plantea cuál es «el tipo de atención que poseen los grandes creadores» (p. 108). ¿Es la atención flotante o errática, que recomendaba Freud? ¿O es, por el contrario, la facultad de aplicar la atención fijamente a un solo objeto, sin dispersarla? Frente a esas dos escuelas de pensamiento enfrentadas, Marina adopta una explicación mucho mejor: «Lo que se llama atención flotante no es más que el conjunto de planes y esquemas activados y vigentes (...) Un proyecto y toda la información implicada en él puede mantener su vigencia, aunque no nos demos cuenta de ello en un momento dado.» (pp. 111-2). Esa idea será objeto de un magnífico despliegue en capítulos posteriores (el capítulo sobre la atención, con lo que yo he llamado sus dos partes o niveles, es claramente el núcleo del libro). Pero, antes de pasar a ver eso, quiero atender ya por fin a la cuestión, que ya he demorado demasiado, de la creatividad, y plantear cuál es la relación entre plan no conformado desde la meta y superación de las rutinas establecidas, o, dicho de otro modo, entre la autodeterminación básica, que es lo que estudiamos antes, y la creatividad, que es lo que hemos de ver ahora.

Hasta ahora lo que tenemos descrito es la ocurrencia autosuscitada, o de activación no dependiente de la meta: eso es lo que hemos propuesto

como germen de la exclusividad humana. Pero ¿cómo daría eso lugar a *la creatividad*, al proyecto creativo desde el cual se originará a su vez la atención del segundo nivel? ¿Por qué la dirección hacia arriba a partir del paso procedimental autosuscitado, va a conseguir *algo diferente al mero encontrar la rutina más adecuada, la misma rutina en definitiva que en el animal se preactivaría desde la meta hacia abajo?* (Esa pregunta está ausente en Marina por culpa, claro está, de lo que antes señalamos: al no distinguir los dos niveles de atención, no puede él preguntarse cómo se pasa desde el nivel originario al otro. Pero, a mi entender, es justo esa bisagra lo que conseguiría sacar verdadero provecho de las lúcidas afirmaciones que se amontonan en el capítulo sobre la atención). Intentemos, pues, nosotros plantearnos la cuestión de *cómo se originaría la creatividad a partir del germen básico de la exclusividad humana*. Al contrario que los procedimientos preactivados desde la meta que son propios de la conducta no exclusivamente humana, *la ocurrencia autosuscitada puede en un primer momento no tener con la meta ninguna conexión. Pero es en esos casos precisamente donde cabe la posibilidad de transformar la ocurrencia autosuscitada*. Tal transformación tendría lugar antes de que la ocurrencia pudiera ensartarse en el hilo del avance hacia la meta; sería, pues, muy distinto al mero añadido de un segundo paso o procedimiento. En efecto, mientras que el añadido se aplica cuando ya hay una submeta alcanzada, aquella transformación estaría inventando una unidad procedimental nueva, formada por dos antiguas unidades, a saber, la ocurrencia autosuscitada y el elemento transformante de ésta, ninguna de las cuales por sí misma era procedimiento adecuado para la ocasión.

Pero, aunque la resolución creativa de problemas llegue así a ser una universal y omnipresente capacidad humana, está claro que no toda meta deseable puede ser conseguida a partir de cualquier situación. Y aquí es donde encaja una idea que Marina adelanta ya al final del capítulo sobre la atención: «La inteligencia tantea proyectos, inventados o copiados, procurando descubrir uno que haga sonar alguna nota profunda en su interior» (p. 116). Esto lo glosará en los capítulos dedicados a la creación artística, y allí, en el comentario y ejemplificación pormenorizada, se acrisolará cada vez más como válido. En este asunto, pues, en vez de discutir, quiero sólo, por el contrario, recomendar encarecidamente al lector el capítulo IX, sobre el proyectar: «Cuando un sujeto experimenta algo como sugerencia, no percibe una propiedad del objeto, sino la impaciente tensión de sus operaciones virtuales, prontas a actuar» (p. 157, o también 160, o

162)³. En esa explicación de “la resonancia interna del futuro creador ante la que será su meta”, recoge Marina lo que dejó formulado en el capítulo VII —«La índole de nuestra memoria personal va a definir nuestras posibilidades» (p. 124)—. y también lo que, al tratar del sexto sentido, propuso (p. 140) sobre los sentimientos.

En el capítulo X —«Las actividades de búsqueda»— hay también otros párrafos que me resultan muy interesantes: «La habilidad para desdoblar nuestra conciencia en dos planos, uno que guía y otro que es guiado; uno en que se recibe la nueva información, y otro donde se mantiene vigente el patrón de búsqueda, es una joya de la inteligencia» (p. 176; puede verse un doblete en p. 194 —«la bilocación del artista»—). Ese párrafo, que estamos autorizados a subrayar si lo consideramos una de las aplicaciones de la fascinación de Marina «por los verbos que guardan vestigios de la antigua voz media» (p. 93, y también, cada vez más brillantemente, 152, 213, 229), encaja con lo que arriba propusimos acerca de cómo la ocurrencia autosuscitada lograría dar lugar a la resolución creativa de problemas. Pero al no haber subrayado Marina el cambio de dirección que daría lugar a la planificación específicamente humana (es decir, a la que, aunque dirigida por supuesto hacia una meta, no es activada desde la meta), deja él sin aclarar cómo esa «colaboración entre la estrategia descendente y la ascendente», ese «proceso de carácter retroprogresivo» (p. 180), se diferencia de la conducta animal con meta y retroalimentada.

Otra cuestión muy interesante que aparece en los capítulos IX (sobre el proyectar), y X (sobre la búsqueda) es la de los «proyectos meramente hablados, no sentidos» (p. 169), es decir, «la información vacía que es el indicio de algo ausente, y que permitirá reconocerlo cuando aparezca» (p. 178), o «lo mencionado», como citando a Husserl lo llama Marina (pero que yo, acordándome de la distinción de Donnellan, preferiría llamar “nombrado en uso atributivo”). El carácter de vacío perfilado, y por perfilado, informativo, ha sido correctamente puesto de relieve por Marina. Pero puesto que ese carácter lo poseen también las pautas consumatorias innatas (en p. 48 Marina ha transcrito aquello de la paloma novata de Craig tan querido para Lorenz, y en el capítulo sobre la evaluación lo menciona de nuevo), uno preferiría que, para presentar aquellos proyectos,

³ En Snow, R.E. «Abilities in academic tasks», *Mind in context*, Sternberg, R. J. y Wagner, R.K., eds. C.U.P., 1994, encontramos -p. 17, 29- prácticamente un doblete de esas líneas, pero en los términos de «*affordances* de la tarea para un individuo determinado, y encaje óptimo o armonía entre el medio externo o interno».

se insistiera más en que son «construidos mediante operaciones verbales» (p. 169), y no tanto en que al principio son perfiles vacíos, carentes de todo relleno intuitivo. En efecto, antes de haber sido rellenado por primera vez, el perfil vacío innato animal no pone en marcha planificación alguna, sino sólo un frenético multiplicarse de los ensayos sobre los más distintos estímulos. Cuando en el animal hay planificación, es porque la pauta consumatoria que en ese momento desea ser activada, ha conectado ya en ocasiones previas con pistas perceptivas (naturales, o, como el sonido —campanillazo— de la carne, menos naturales: eso no importa), y no es ya, por tanto, un perfil vacío. Entonces, el animal sí puede seguir planes (que son, ya lo dijimos antes, preactivados desde la meta, y que siguen paso a paso las pistas perceptivas aprendidas de antemano y de antemano puestas en relación con la meta), puede, p.e., buscar, a quienes acostumbran a abrirle la puerta para que él salga y vaya al sitio donde está el encargado de darle la comida. Pero si lo que hay es un plan que tiene como meta un perfil vacío, las cosas serán necesariamente distintas; ese plan sólo puede ser una resolución creativa de problema (justamente del problema cuyo objetivo es el perfil vacío «construido mediante operaciones verbales»).

Paso ya al último punto que mencioné al principio. ¿Cuál es exactamente el papel de la inhibición? Ya en el primer capítulo, Marina la pone en el origen del gran cambio (aquel cambio, ya sabemos, por el que «la atención pasó de estar dirigida por el estímulo a estarlo por mecanismos subjetivos»): «En un momento de su evolución, el hombre aprendió a decir no al estímulo. Inhibió una respuesta (...) La transfiguración ocurrió un día cuando, al ver el rastro, detuvo su carrera, en vez de acelerarla, y miró la huella. Aguantó impávido el empujón del estímulo. Y, de una vez para siempre se liberó de su tiránico dinamismo. Aquellos dibujos en la arena eran y no eran el bisonte». Y en p. 298, trata más pormenorizada-mente de ese papel crucial que concede a la inhibición: «El hombre, como decía Scheler, es el ser que sabe decir no, el asceta de la vida. O, como más concretamente leemos en Locke: “Al tener la mente en la mayoría de los casos el poder de suspender la ejecución de alguno de sus deseos, y así de todos, uno tras otro, es libre de considerar los objetos de éstos, examinarlos por todos los lados, compararlos con otros. En esto reside la libertad que tiene el hombre”». Así pues, inhibición de algunas de las respuestas que ya estaban en el animal, y selección de otras que también lo estaban. Pero entonces ¿no hay ninguna respuesta nueva?, pregunto yo. *¿Bastan la inhibición y selección combinadas?*

Empecemos por un asunto de nivel inferior que es precisamente mencionado por Marina. Los indicios que es capaz de atender un animal (los indicios de presa que los depredadores siguen, o los indicios de depredador que hacen huir a las posibles víctimas) son siempre anuncios de que aquello que indican aparecerá en breve. Es la dirección al futuro, la expectativa de una percepción ulterior, lo que constituye la esencia toda de los indicios atendidos por los animales. Pues bien, eso conlleva muchas limitaciones. Leamos en Cheney y Seyfarth, «Précis of “How monkeys see the world”», en *Behavioral and Brain Sciences*, 1992, 15, pp. 135-182: «Los monos vervet no dan muestras de reconocer la relación entre una pitón y su huella, ni comprenden que un cadáver ensangrentado en un árbol indica la proximidad de un leopardo, y ello aunque han tenido muchas ocasiones de aprender tales asociaciones» (p. 146). La huella de una pitón sobre la arena, o los despojos de la presa de un leopardo nos indican a nosotros, los humanos, que el depredador ha estado antes allí; y sólo secundariamente inducen la sospecha de que quizá ronde todavía por allí cerca, y pueda volver a aparecer. Es decir, el indicio legible sólo por el ser humano retrotrae directamente al pasado, y sólo a partir de ahí, e indirectamente ya por tanto, puede suscitar representaciones de meras posibilidades futuras, mientras que el indicio legible para el animal, en cambio, está conectado directamente al suceso futuro deseado o temido, y, por tanto, con un vínculo de probabilidad más sancionada por la experiencia. Y, en definitiva, pues, vemos que lo exclusivamente humano en materia de lectura de indicios encaja con el germen básico que de la exclusividad humana propusimos arriba: en efecto, tales indicios se explicarían por una imitación latente evocadora de los movimientos pasados (de la pitón o del leopardo) productores del indicio. (Esto podría recoger y explicar una idea valiosa que Cheney y Seyfarth —*ibidem*, pg. 177— aportan, a saber, la de que los indicios inadvertidos son inanimados —inanimados en el momento, precisaría yo, en que están dentro del campo visual, no en el momento en el que se produjeron—. Y podríamos también conectar con la cuestión de por qué son tan frecuentes en las cuevas prehistóricas las impresiones de manos: ¿acaso hay otro percepto inanimado que empuje tanto a la imitación del movimiento que lo causó, y con ello a un percibir exclusivamente humano?) Pero entonces, incluso en este nivel tan primario y básico de la exclusividad humana, habría ya —y a esto es a lo que íbamos— respuestas nuevas, que no son el producto de meramente aplicar “inhibición más selección” al arsenal de respuestas antiguas. Y si eso es lo que sucede ya ahí, con más razón se podrá decir lo mismo respecto de los niveles supe-

riores. En general, mi propuesta es que los procesos exclusivamente humanos son demasiado ricos y nuevos para explicarse por mera inhibición o renuncia. Un manejo sensata y selectivamente ascético de los recursos de nivel inferior no basta. *Aquello de donde hay que partir es completamente nuevo y diferente a todos los antiguos recursos: ¿no va a serlo si consiste en lo que es del otro, y, por tanto, naturalmente no propio?* Ya se atiende a los resultados que percibimos de las pautas motoras ajenas, o a los significados lingüísticos oídos y los pensamientos en ellos captados, ya, por otro lado, a aquel estímulo determinante, pero a la vez libremente construido y sostenido, que es la verdad del otro o captación del prójimo, siempre es válida la misma regla: El punto de partida de todo proceso exclusivamente humano estriba en que el sujeto capte una interioridad distinta a la suya propia.

Resumo a continuación lo que a lo largo de estas páginas he intentado. Me he opuesto a la postura de Marina de colocar la inteligencia creadora como base de la libertad moral, y he defendido que ambas capacidades derivarían de otra más básica. Se ha esbozado una propuesta acerca de cuál sería esa capacidad básica en la que habría empezado el despegue de la exclusividad humana, y se ha sugerido cómo podría ser la derivación en uno y otro caso. Ya no me resta, pues, sino manifestar que no he hecho aquí completa justicia a la multitud de aciertos, lúcidas observaciones, y párrafos bellísimos, que jalonan el libro de Marina, 1993. Pero es que, como se ha visto, mi propósito era ante todo discutir el asunto, máximamente central y apasionante, que Marina supo escoger.

* * *

Teresa Bejarano
Depto. de Filosofía y Lógica
Universidad de Sevilla
Avda. San Francisco Javier, s.n.
41005 Sevilla